

SANTO TOMÁS Y EL verdadero renacimiento

7-Marzo-15

Durante mucho tiempo se ha querido presentar a la antigüedad clásica como la época profundamente humanista, origen de la razón y de la verdadera ciencia, y siglos más tarde, al Renacimiento, como una epifanía de aquellos ideales, recuperados y restaurados al calor de una cultura verdaderamente humana, ello quedaba toda la Edad Media cristiana encerrada en un paréntesis de carácter mítico-religioso en que se ignoraba al hombre y se negaban sus ideales científicos y estéticos, época solo comparable con la de las culturas anteriores a Grecia.

El esquema no puede ser, en realidad, más caprichoso. Es cierto que en los primeros tiempos del cristianismo se originó una viva antítesis (centrada históricamente en la lucha de los gnósticos) en que parecen revivir los supuestos vitales del mundo pagano, queriendo insertarse en la nueva religión mediante interpretaciones heréticas. Es el sentido histórico de la lucha del hombre nuevo con el hombre viejo, tema tan repetido en la literatura religiosa de los primeros siglos del cristianismo.

Este hecho y, de otra parte, el aire nuevo con que el Renacimiento se presentaba a sí mismo en su lucha con lo anterior, son las bases de esa visión histórica a que he aludido.

En realidad el Renacimiento, en lo que tiene de recto y aprovechable, no es sino la culminación estética de un lento proceso de integración histórica que se fragua en el silencio de la Edad Media.

Aquella concepción histórica, base de épocas discontinuas e independientes, supone desentenderse—en frase de Bruno Ibeas—hasta de la simple verdad de

la vida y de experiencia que nos dice que, así en la naturaleza como en la vida, el ayer forja el hoy y este prepara y moldea el mañana. Ni la Reforma es inteligible sin el antecedente de la mística alemana, ni el Renacimiento contiene en su haber muchos más elementos que los que la especulación de los siglos XIII y XIV le hubo de transmitir en legado. En Roger Bacon, por ejemplo, se ha de encontrar el antecedente inmediato del principio renancista de la autonomía científica, principio que, ya en el siglo IX, había formulado Escoto Eriugena.

«También la rehabilitación de la Naturaleza y el interés por la misma—dice Ibeas—, modos críticos que parecen caracterizar a la filosofía del Renacimiento, son de origen medieval, como nacidos al caluroso empuje de la explosión franciscana de amor a todo lo

creado que, desbordada y rusiente, flameó primero en el primitivo cuadro poético de las «Florecillas» y ha fulgurado, después en cuantas obras de gran estilo ha llegado a plasmar la inspiración mística, ortodoxa y herética».

Pero el eslabón capital que reduce a unidad todo este proceso histórico, y nos da la clave de su sentido, es Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII.

La antítesis planteada en los primeros tiempos del cristianismo es una grave realidad histórica: toda la cultura clásica, luminosa y fecunda, no podía ser considerada como una falsa ciencia peligrosa y pagana.

Y Santo Tomás, según Gilson, vino a mostrar que, no solo el hombre griego podía acomodarse al cristianismo, sino que el cristianismo le era necesario y solo él podía garantizarle completamente su ideal y permitir que lo realizara íntegramente: el cristianismo, con todo su sobrenaturalismo de la fé y de la gracia, viniendo a cumplir los votos de helenismo, que lo ignoraba y que no se atrevía apenas a esperararlo. Aristóteles, síntesis de la Filosofía y de la ciencia clásica, integrado en una concepción unitaria y fecunda con la fé del cristianismo, que no será su contradicción sino su complemento: esta es la filosofía de la historia que nos trae la concepción de Santo Tomás de Aquino.

Al siglo XIII y a Santo Tomás preferentemente, se remonta, pues, el verdadero y profundo Renacimiento del hombre a los ideales clásicos y humanos por excelencia, vivificados en él por la luz sobrenatural del cristianismo. Y en el período histórico que conocemos con el nombre de Renacimiento, no debemos ver como aspecto positivo, más que la coronación estética de ese auténtico renacimiento; y como aspecto negativo (y, ese sí original) un principio de rebelión contra la autoridad eclesiástica, elemento que no nos corresponde tratar aquí.

El sistema de Santo Tomás perdura a través de los siglos como el área central, como la posición estable y verdaderamente natural.

Hace años (en los tiempos de la Ilustración) se lo tachaba de irracional; hoy, en la época de los irracionismos, se le acusa de racional.

Sobre todos esos vaivenes de una cultura en crisis se eleva en señera actitud la síntesis tomista—humana y divina—como la posición seria, constructiva y profunda.

Rafael GAMBRA.